

día avanza penosamente entre mis pasos. No podía suponerme que fuera tan fácil para el viento dejar k. o. a tu ventana. También mi corazón es un mal punching-ball. Y ayer a última hora, he perdido el freno automático de mis sueños.

Otro:

Nunca había encontrado una muchacha que manejase el timón con tanta habilidad como tú. Sabes la hora justa de la marea alta y la exacta dirección de mis deseos por tu brújula de pulsera. A ti puedo decirte que muñeira es para mí un baile mucho más complicado que el charleston aunque no tan saudoso. Durante la noche la pianola estudia su nuevo fox.

¡Qué definitivamente viejos encontramos en 1930 los gritos de los últimos «ismos», descendientes del «vieux dada», ya enterrado! ¿Verdad señor Emilio Mosteiro?—*Abel Valdés A.*

ADÓTICO CIELO, por *Julio Verdié.*

Julio Verdié pertenece a la última generación de escritores uruguayos. Nos lo dió a conocer el año pasado la revista *Mural*, dirigida en Montevideo por Humberto Zarrilli, efímera hoja lírica que cubrió las paredes de los Tea Rooms y bars de esa ciudad en excursión vertical de ingenuo entusiasmo. Ahí apareció el poema que da el título a este libro.

Adótico cielo es un libro (1) dis-

parejo como... el cielo en un nublado día de otoño, tapizado de nubes de diferente estatura e intensidad. Precisemos:

En tanto otro horizonte
con su rueda de agua,
cáñamo de los viajes,
ola tras ola hilaba.

Esto es la excepción. Lo habitual, inveterado en *Adótico cielo* es lo invertido, lo inconsistente, lo que no delimita el contorno, lo que no acusa presencia diferencial:

Estaba yo en el huerto juntando
(caracoles.
De pronto una voz de entre las nubes
(me llamó.
Alcé los ojos y junté las manos. Arriba
el bloque de las nubes coruscantes se
(abrió.

Sin embargo en Julio Verdié se advierte, como diría Pero Grullo, una tentativa niveladora de su temperamento para mantenerlo en un plano de una calidad idéntica. Se advierte el esfuerzo por alcanzar el conjunto uniforme, sostenido, y hacer cotidiana la fiesta de la expresión conseguida. Este esfuerzo, por demasiado visible, le resta indudablemente espontaneidad a *Adótico cielo*, y lo retorcido, lo amanerado, lo que no es inmanencia de la sensibilidad sino rebusca empecinada, aparece continuamente en este libro:

Los osos místicos de los corazones
(danzan,
húmedos de las monedas, salobres, de
(las lágrimas.

Pero existe también en Verdié el deseo imperativo de depurarse, la

(1) *Agencia G. de Librería y Publicaciones, Montevideo-Buenos Aires,*

conciencia de lo que es mejor y la dignidad y seriedad del menester lírico. Rehuye lo fácil, aunque a menudo sin éxito, y notamos en él el gusto apasionado—que lo dignifica—por el obstáculo de que hablaba Baudelaire.

Si intentáramos definir—ocupación tan desagradable que acaso estamos desempeñando, tal vez sin desearlo—la poesía de Verdié, diríamos que es un producto híbrido de la objetividad y la subjetividad, porque estos dos factores co-existen, con más extensión el objetivo, en *Adótico cielo*: pero la subjetividad debemos entenderla en su significación más elemental y frecuente (no en aquella que tan bien precisara un escritor europeo al llamar subjetivismo el destino misterioso en virtud del cual un sujeto lo primero y más evidente que halla en el mundo es a sí mismo). En Verdié lo subjetivo no es innato sino cualidad adquirida y, como buen meridional, recurro nuevamente al escritor recién citado:

antes de percibir su *yo*, y con superior evidencia, le son presentes el *tú* y el *él*, los demás hombres, el árbol, el mar, la estrella.

Por eso en su libro no encontramos esa cálida intimidad, esa sensación de soledad, esa ingénita pasión introvertida, característica de los individuos de vitalidad endógena, es decir, de los individuos subjetivos. Este dominio de lo subjetivo es, por lo demás, peculiar a la mayoría de los nuevos líricos uruguayos.

Un escritor español, no deseamos nombrarlo, dijo hablando de poesía indo-hispánica (yo voy a suponer la

existencia de una poesía indo-hispánica o latino-americana, como quiera llamársele, lo mismo que la francesa por ejemplo; es decir, expresión en un mismo idioma de un conjunto de sensibilidades diferentes pero de un valor representativo más o menos idéntico en su significación dentro del mundo estético); manifestaba sus preferencias por la poesía del Uruguay, México y Argentina, debido a su diafanidad meridional, posponiendo la de Chile, por su obscuridad. Debo hacer presente que esta referencia ha sido hecha por la poesía que es costumbre llamar nueva (2).

¿Por qué llamar obscura a la poesía chilena? Es claro que para los individuos de contacto lírico no frecuente puede serlo, como para los que carecen de la capacidad de percepción poética. ¿Por qué no llamarla mejor, esencialmente subjetiva, un tanto misteriosa, esotérica si se quiere? En cuanto a la poesía de los países nombrados con prioridad es, sin duda, más objetiva. De ahí su diafanidad que a veces es fotografía o simplicidad. Sin olvidar, se entiende, las infaltables excepciones, creemos que esa es su característica. Podríamos comprobarlo pero nos extenderíamos demasiado.

Desde luego *Adótico cielo* puede ser un ejemplo.—*Arturo Troncoso*.

GLEBA, por *Max Jiménez*.

Después de haber leído *Gleba* (1) casi nos asombramos al comprobar

(2) Escribo sólo en forma interina poesía «nueva», pues algún día deberé insistir sobre ella.

(1) Editorial *Le livre libre*, París.